

y para saber si estas ideas se contradicen ó se excluyen, no es ménos necesario conocer todas sus propiedades, y estar seguro de conocerlas bien. Sin esto se aventura mucho la verdad; porque el que juzga sin esta instruccion preliminar y completa, podrá hacer un juicio falso, si viendo solo las partes que le presentan un aspecto de contradiccion, se le escapan otras en que hubiera podido ver el nudo secreto que concilia las discordancias aparentes: es imposible, pues, juzgar con seguridad un objeto sin conocerle perfectamente por todos sus lados.

Ahora pregunto yo: ¿Qué mortal puede conocer todas las relaciones y extension de nuestros misterios? ¿Quién ha podido medir toda su profundidad? ¿Dios le ha revelado todos sus arcanos? ¿No hay para él verdades inaccesibles? ¿El hombre que tanto se engaña hasta en lo que presentan sus sentidos, pretende registrar con certeza los secretos del cielo? Si no sabe tanto como Dios, ¿cómo se atreve á llamar absurdo lo que se le prueba que Dios ha dicho?

¿Cómo quiere juzgar por sí mismo, cuando no se le han dado órganos propios para conocer verdades sobrenaturales? Cuando los objetos de la revelacion que se le presentan, no solo son superiores, sino excéntricos y de un órden elevado, á que no puede alcanzar su inteligencia, ¿no le basta que se le pruebe y se le demuestre que viene

de Dios? ¿Y serán los hombres tan insensatos, que pongan en balanza con la fuerza de la verdad divina los torpes esfuerzos de una razon tan orgullosa como débil!

¿Qué quiere decir absurdo? La reunion de propiedades incompatibles, que mutuamente se excluyen en la misma substancia, ó la subtraccion de alguna de sus propiedades esenciales. Cómo, pues, puede llamarse absurdo lo que no puede ser íntimamente conocido? ¿Cuál es la propiedad esencial de un misterio? Ser obscuro; porque si no lo fuera, no fuera misterio. ¿Cuál es su objeto? Ejercitar nuestra fe, y cautivar nuestra razon. Es, pues, necesario que presente puntos que parezcan discordantes; porque si fueran claros y simples como los primeros principios, no tuvieran necesidad de la fe, todo el sistema de la religion se trastornaria, y el cristianismo no fuera lo que Dios ha querido que sea.

Para decidir, pues, si nuestros misterios son absurdos, no se debe examinar si confunden nuestra razon, ó si sobrepujan á nuestras ideas naturales; porque esta debe ser su propiedad esencial; y lejos de que por esto se puedan llamar absurdos, el colmo de lo absurdo es decir que lo son; porque esta contradiccion aparente es una propiedad tan esencial de su naturaleza, que sin ella no podieran subsistir los misterios,

Si yo os dijera, que me parece absurda la exis-



tencia de Dios, porque no puedo comprender la extension y la infinidad de sus perfecciones, vos me diriais, que si yo pudiera comprenderlas, no serian inmensas é infinitas como son. Vuestro raciocinio es el mismo, y os doy la misma respuesta. Vos decis: los misterios son incomprendibles, oscuros, parecen absurdos; así no pueden ser ciertos, y por mas que se me prueben, no los debo creer. Yo os digo: si pudiérais entender los misterios, si no hallárais dificultad en ellos, no serian misterios. ¿Cómo podeis inferir la imposibilidad de un objeto del mismo principio que constituye su naturaleza? Si no decidme: ¿cómo puede haber misterio que sea claro y conforme á las ideas simples y naturales? No es, pues, su obscuridad ni sus aparentes contradicciones lo que debe deteneros; y lo único que debeis examinar es, si verdaderamente han sido revelados.

Para hacer esto mas sensible demos un salto hasta Jesucristo. Supongamos que un hombre va á escuchar sus predicaciones, y que le oye decir: Yo soy el Mesías que los profetas han predicho; yo soy Hijo de Dios y la verdad eterna, que vengo á enseñar á los hombres el camino del cielo; yo vengo á derramar mi sangre para reconciliarlos con mi Padre justamente irritado contra ellos; y al mismo tiempo le oye todos los demas misterios que publicó en el curso de su mision.

Este hombre se asombra, y su razon se confunde con tantos y tan extraordinarios discursos, y responde á Jesucristo, que le es imposible creer lo que no solo no puede entender, lo que no solo es inverosímil y obscuro, sino lo que le parece repugnante y contrario á la mas clara evidencia de su razon.

Supongamos que Jesucristo le replica: Mi Padre quiere conducir á los hombres al cielo por el sacrificio de la fe; exige de ellos que se hagan como niños, cuya inocente simplicidad cree hasta lo que no entiende; y ha resuelto dar su reino á los simples y humildes; y no á las almas orgullosas, que no se fían sino en sus propias luces. El incrédulo le vuelve á responder: ¿Y quién me asegura que tú me dices la verdad? Mi testimonio, le vuelve á decir Jesus, no fuera nada, si no le acompañara el que me ha enviado. Pero yo te daré pruebas de mi mision con milagros tan evidentes, que te persuadirán que Dios me autoriza y habla por mis labios. Veo que mi doctrina confunde tus ideas, te parece contraria á la razon; pero quando veas el poder que Dios me ha dado sobre los hombres y sobre la naturaleza, no podrás dudar que te hablo en su nombre.

Este Ser soberano que te ha sacado de la nada, á quien lo debes todo, y cuyos designios son mas superiores á tus ideas que el cielo á la tierra; Dios cuyo nombre es la verdad, quiere conducirte



á su gloria por el camino de estos misterios obscuros, de estos absurdos aparentes, y te prohíbe toda duda, toda desconfianza, que sería injuriosa á su veracidad. ¡Te atreverás, mortal miserable, á decir que Dios debe acomodarse á tu capricho, ó sujetarse á la pequeñez de tus ideas? ¡Quién eres tú para enmendar la plana á tu Dios? Lo único que puedes hacer es servirte de la razón que te ha dado, para examinar si es verdad que yo te engaño, ó si es verdad que te hablo en nombre y con la virtud del que no puede mentir.

Para quitarte toda duda, yo quiero que tu razón sea el juez, y tus sentidos los testigos; su testimonio es el mas simple y persuasivo, porque es palpable, y resulta de los hechos. Empecemos pues: traeme sin distincion todos los enfermos que se me acerquen, y con sola una palabra quedarán sanos. Ni tanto es menester, nómbralos solamente, y aunque ausentes, quedarán curados: que vengan los energúmenos, y verás como quedan libres: yo resucitaré á los muertos, y tambien moriré yo mismo, porque debo salvar á todos con mi muerte; pero al cabo de tres dias saldré del sepulcro triunfante y glorioso, y volveré á conversar con los vivos.

En fin, supongamos que Jesucristo le haya hecho testigo de todos estos estupendos milagros, ¿qué le podrá decir este hombre que parecía tan indócil? Le dirá que á pesar de todos los pro-

digios que le muestra, no puede creer los dogmas que le enseña, porque son absurdos? Este discurso sería insensato; porque desde que le ve obrar con la virtud de Dios, no debe dudar que dice la verdad; y por mas opuestos que le parezcan á su razón, esta es la que debe ceder y humillarse.

Dirá que aunque los milagros sean ciertos, no bastan para vencer su repugnancia natural. Pero con esto destruye la mas alta y la mas segura de las pruebas, establece el mas duro y feroz pirronismo, hace á Dios cómplice de la mentira, y le quita este medio exterior, con que distingue su palabra divina de la de los impostores ó falsos profetas. Y se le responderá: Dios no hace estos prodigios, sino para declarar con ellos, que el que los hace en su nombre, no puede engañar en la doctrina.

Si responde como vos, que los milagros son claros y evidentes, pero que es mas clara y evidente la contradicción de los dogmas; se le dirá que esta repugnancia imaginaria es la cuestion, que esta es petición de principio, y no prueba otra cosa, que su corta y limitada comprension; que la luz y la evidencia de los milagros debe suplir á la falta en los misterios; que la aparente contradicción de los dogmas, léjos de destruir la certidumbre de los misterios, la demuestra; que Dios puede obligar al hombre á que crea lo que



no comprende, sin que nadie pueda atreverse á reconvenirle; que es imposible que Dios haga milagros en favor de una doctrina falsa; y que ya tiene bastante experiencia de la flaqueza y las ilusiones de su razon aun en las cosas mas visibles y naturales, para no confiar en ella, y mas en asuntos tan elevados, y que le son tan superiores.

Se le añadirá: Dios no quiere, ni vos podeis ser juez de los dogmas, porque no teneis órganos proporcionados, ni aun para concebirlos. Objetos tan altos estan fuera de la esfera de vuestra inteligencia, pero podeis juzgar de los milagros, porque estan no solo en la esfera de vuestra razon, sino de vuestros sentidos. Estos son hechos simples y desnudos, que es fácil comparar, y se os han dado principios para discernirlos, y reglas infalibles que pueden aseguraros de su certeza.

Por eso Dios ha hecho estos milagros, para que sirvan de fundamentos á vuestra fe, y de preservativo contra el error. La luz que os quita en los dogmas, os la derrama con abundancia en los milagros. Os dispensa del estéril y laborioso afan de examinar misterios á que vuestra corta razon no pudiera alcanzar; y os conduce por la senda segura de los hechos, en que el talento mas débil puede caminar sin trabajo ni riesgo. Respeta, pues, el dogma y créele, porque Dios le revela; pero examina los milagros, y decide si vienen de Dios.

En esta suposicion, señor, ¿qué otra cosa puede hacer aquel incrédulo, que examinar de buena fe los milagros de Jesucristo? Y este es nuestro caso. Todos los racionios sobre el dogma no pueden ser mas que vanos esfuerzos, y jamas llegará nuestra razon á penetrar los: así toda nuestra discusion debe terminarse á los hechos. La única cuestion que debemos examinar es, si Jesucristo es Dios: si lo es, todo lo que digamos contra el cristianismo no puede ser mas que blasfemia y error; y por mas que nuestra razon.... Aquí le interrumpí, y le dije: Sin duda, si fuera posible probar que Jesucristo es Dios, como se pudiera.... ¿Pero quién es capaz de probar cosa tan absurda? Vos volveis á vuestras ideas, me dijo; yo os he probado, que nosotros no tenemos la fuerza ni los medios para tratar de absurdo lo que no podemos conocer bien.

Te confieso, Teodoro, que yo estaba oprimido con tanto peso de razones; que me hallaba tan sorprendido de su novedad, como admirado de la lógica y la fuerza de aquellos racionios, que á pesar mio me parecian evidentes y claros. Por mas que hacia, ni podia encontrarles un vicio, ni veia donde los podia morder. Casi avergonzado de mi derrota, pero sin querer confesarla, artículé no sé qué palabras, que no podian tener sentido, y solo me acuerdo que le dije: Estos dis-



cursos son vagos, y serian interminables. Pásemos á otra cosa, decidme, Padre....

El me interrumpió, y me dijo: Vos vais á proponerme otras objeciones, que serán de la misma especie; y yo no podré dar mas que las mismas respuestas. Esto sí que será interminable, porque nada es mas fácil, que poner dificultades sobre las cosas mas claras y evidentes. ¿Qué será, pues, en las que son tan altas y sublimes? La razon humana ve con tanta obscuridad ó con tan corta luz los objetos, que pocas telarañas bastan para ofuscarla, y un sofisma solo es capaz de turbarla.

Acordaos del filósofo griego, á quien un sofista pretendió probar, que no habia ni era posible que hubiese movimiento en la naturaleza, y se lo probaba con tan especiosos sofismas, con razones tan capciosas, que despues de largas discusiones el filósofo no sabia ya qué responder, hasta que impaciente se levantó, y se puso á marchar, diciendo: Ve aquí movimiento.

Este es el modo como piensan los hombres; las cosas sensibles y palpables obran mas sobre ellos que todas las especulaciones. Vos me pondréis argumentos sin fin, yo os daré respuesta sin término; y despues de haber corrido mucho, hallaremos que no hemos adelantado un paso. En efecto como es tan fácil hallar dificultades á todo, estas son interminables. Es como la hydra,

que cuando se le corta una cabeza, la nacen otras. Por eso no es posible acabar, y despues de haber objetado mucho, y respondido mas, apenas se llega á descubrir la verdad, ni se halla un punto en que poder fijarse.

Pero como es fácil y cómodo este método para seducir á los ignorantes, se sirven de él los crédulos. Proponen dificultades sin número; y ya se ve si será fácil hallarlas en asuntos de tanta obscuridad y elevacion, cuando se encuentran tantas en las cosas mas visibles y palpables. Acumulan, pues, objeciones sobre objeciones, añaden sofismas á sofismas. Juntan con la mala fe y las reticencias la malignidad y las calumnias, y de todo esto forman un conjunto de falsos resplandores que deslumbra á los que no estan bien instruidos.

Se les responde; pero ellos ó no leen las respuestas ó se desentienden, y sus sucesores las reproducen como si nada se hubiera respondido. Hoy mismo repiten como nuevas las que propusieron Celso, Porfirio y Juliano en los primeros siglos de la Iglesia; y aunque disueltas desde entónces por los primeros padres, las han reproducido en cada siglo, y las han renovado en el nuestro con la misma confianza. Los lectores, ó incautos, ó solo deseosos de divertirse, leen sus libros escritos con elocuencia y gracia, y no leen las respuestas que indubitablemente son mas cir-



cunstanciadas y serias. Con eso beben el tósigo sin el antídoto, y el error se propaga sin término,

No usemos, pues, señor, de este método. Si queremos seriamente descubrir la verdad, es menester buscarla en ella misma. Esto es, examinar si la religion cristiana viene de Dios; si Jesucristo, que venia á publicarla en nombre de Dios, probó su mision de una manera tan clara y evidente, que la razon guiada por sus propias luces no se pueda resistir á la conviccion; en una palabra, si Jesucristo es Dios. Ya veis que esta cuestion sola lo dice todo; porque si se prueba que lo es, ¿quién que tenga el juicio sano, y la mas ligera idea de la verdad y de la soberanía de Dios, no sacará por consecuencia infalible y necesaria que es menester creer cuanto nos dijo, y obedecer cuanto nos mandó?

En lugar, pues, de detenernos en las ramas y en objeciones que pueden responderse, y que cuando no se pudiera responderlas, no probarian otra cosa que la limitacion de nuestro entendimiento, es menester acercarse al tronco y examinar si los cimientos en que estriba el cristiano son sólidos y verdaderos, ó fútiles y despreciables. Si los incrédulos hubieran seguido este camino, estudiando la religion y examinándola en sus pruebas fundamentales, considerándola en toda la armonía y proporciones de su conjunto, se hubieran ilustrado con su luz divina, y hubieran evitado tantas inep-

cias, falsedades y errores con que la calumnian.

Lo que importa, pues, examinar, es el origen de esta religion, sus progresos; si los hombres que la han comunicado en nombre de Dios han mostrado en sus acciones y virtudes los títulos de su mision, hasta llegar á Jesucristo, que siendo su verdadero fundador ha debido mas que ninguno dar pruebas mas claras é indubitables de ella. Porque ¿cuál es la cuestion? Nosotros para decirlo damos por pruebas los hechos de Jesucristo; los incrédulos para negarlo no pueden tener prueba ninguna, ni pueden alegar otra cosa que la imposibilidad que les parece ver, la obscuridad y pretendida contradiccion de los misterios, y las repugnancias de su razon. Ya veis la ventaja que tiene el que afirma cuando prueba, contra el que sin probar nada solo niega; porque mil negaciones voluntarias no pueden destruir una prueba sola que pruebe bien.

Pero despues de todo, cuando al que niega se le presentan pruebas, lo ménos que puede hacer es examinarlas para despreciarlas si son fútiles, ó rendirse si son sólidas, y va de buena fe.

Este camino ahorra mucho tiempo, y evita muchos extravíos; porque supongamos por un instante que habiendo examinado todas las pruebas que yo alego en favor del cristianismo, vos las hallais frívolas y podeis manifestar su error ó su futilidad; al instante la discusion se acaba, y me dejais



sin medios de persuadirlos. Si por el contrario yo os pruebo con evidencia que Jesucristo es Dios, y vuestra razon no puede resistir á la fuerza de mis pruebas, así tambien se acaba la discusion, porque en este caso ya no valen nuevos argumentos ó dificultades; todas quedan aniquiladas y destruidas. Una verdad que ha quedado demostrada, destruye por sí misma todo lo que se puede imaginar contra ella.

La razon humana siempre oscura, y jamas tranquila en lo que no la presentan sus sentidos, podrá proponer nuevas objeciones; pero yo la haré callar diciéndola: Jesucristo, que es Dios, lo ha dicho. Si puedo satisfacerlas lo haré, y si no, confesaré que es limitacion de mis luces. Ella replicará que su objecion es evidente; yo confesaré que como es evidente que Jesucristo es Dios, me atengo á lo que él dijo: que no puede haber dos evidencias contradictorias, y que así estas aunque lo parezcan no pueden serlo. Confieso que me parecen contrarias; pero como no puedo dudar de la divinidad de Jesucristo, y de que ha dicho lo que yo sostengo, me persuado á que esta contrariedad es solo aparente, y que en efecto habrá un modo de conciliar lo que me parece evidente, con la inmutable verdad que debo suponer en Jesucristo; y en fin, que la razon puede engañarme, y que no me puede engañar la verdad eterna, que es Jesucristo.

Confieso, padre, le dije yo, que me asombráis. Yo no puedo dejar de reconocer vuestras luces y buen juicio, y con todo os veo hablar con tanta seguridad y conviccion, que si no os conociera mas que por este lado, os tuviera por un loco ó frenético. ¿Qué, vos pretendéis convencer á un hombre sensato de que Jesus, á quien los judíos crucificaron en Jerusalem como un malhechor, era Dios? Vos mismo creis esto posible, ¿y podeis imaginar que si esto fuera capaz de probarse con evidencia, una cosa tan grande, tan importante y tan extraordinaria se hubiera escondido á los judíos, á los romanos, á tantas naciones sabias, y á tantos filósofos ilustrados? Es hasta donde puede llegar el delirio de la demencia.

Eso, me respondió, puede pareceros así; pero si tuviérais la paciencia de oír las pruebas, y conociérais en efecto su fuerza, de modo que vuestro talento aunque grande no se pudiera resistir, ¿qué me dijerais entónces? Que eso no puede ser, le repliqué, y que yo no perderé mi tiempo en escuchar tan necias ilusiones. ¡Un hombre Dios! ¡y no un hombre como quiera, sino un hombre pobre y obscuro, que fué condenado por los de su nacion á un suplicio afrentoso! Esto es peor todavía que adorar las cebollas de Egipto.

Con todo eso, señor, si os dignárais de escuchar las razones, puede ser que entónces no os pareciera tanta locura. Haced este esfuerzo, y



por lo ménos tened el gusto de avergonzarnos de nuestra ignorancia; yo soy uno de los ménos hábiles de mis compañeros: no es esto desconfiar de mi causa, sino de mis talentos, y como en esta casa hay muchos varones sabios mas capaces que yo de mostraros la verdad, dadme licencia para que os traiga uno, y tened la paciencia de oírle. No, padre, le respondí; vos sois el que me habeis hablado con tanta jactancia, y vos debeis ser el que me convenza. Esa humildad no es ahora del caso, y no olvideis que vuestra arrogancia me ha dicho que me probará con evidencia que la religion cristiana es verdadera, y que Jesucristo es Dios.

No, señor, no lo olvidaré; y pues os contentais con mi débil talento, os obedeceré fiado en la bondad de mi causa y en los auxilios é ilustraciones del cielo, pero yo puedo hacerlo por diferentes medios. Es verdad que la mayor demostracion de la religion cristiana resulta del conjunto de toda ella: de esta inmensa, armoniosa y bien proporcionada reunion de sus partes, que desde el origen del mundo hasta nosotros manifiesta en todas y cada una de ellas que viene y no puede venir mas que de Dios; pero esto seria mas largo, y podria fatigar vuestra paciencia: me contentaré con probaros que la religion cristiana es la sola verdadera, y que su fundador Jesucristo es Dios, por alguna de las pruebas separadas; co-

mo estas son muchas, voy á proponeros algunas para que vos mismo escojais aquella en que querais que yo me fije. Esto me es igual, porque aunque son diferentes todas se reunen en un punto, que es mostrar la divinidad de la religion y de su fundador.

Si yo os pruebo, señor, que Dios desde el principio del mundo prometió un Mesías; que despues los profetas inspirados lo anunciaron con señales que no pueden ser equívocas, pues determinaron así sus acciones como el tiempo de su vida: si os pruebo que los mismos profetas probaron su inspiracion no solo con milagros, sino prediciendo ántes de muchos siglos cosas contingentes y futuras, que no se podian saber sino con la divina luz, y que todas ellas se han cumplido á la letra, como consta por documentos irrefragables: si os pruebo que Jesucristo vino en el tiempo indicado por los profetas, que trajo todas las señales con que le anunciaron, que cumplió todo lo que habian predicho, y en fin, que él mismo predijo todo lo que se ha verificado despues; vos me confesaréis que de tantas pruebas reunidas, enunciadas con la mayor claridad, resulta con evidencia que una religion fundada sobre ellas debe ser divina, porque Dios solo puede inspirar á los hombres el conocimiento de las cosas futuras; porque Dios solo ha podido darles el poder de hacer milagros; y que todo lo que ellos dicen auto-



rizado con estas pruebas, es necesariamente verdad, pues viene de Dios.

Pero si, dejando esto aparte, os pruebo con la misma evidencia que Jesucristo y sus discípulos hicieron milagros públicos y notorios, tan incontrastables, que sus mismos enemigos se han visto obligados á confesarlos, vos me confesaréis que la religion que predicán es la verdadera; pues ellos no podían hacer prodigios tan superiores al esfuerzo humano, sino con el poder de Dios; y porque es imposible que el Dios de la verdad diese su poder á impostores que predicasen una falsa doctrina.

Si os pruebo, por no entrar en tanta discusión, un hecho solo, y es, que Jesucristo prometió ántes de morir que resucitaria, y que en efecto resucitó, habló y conversó con los hombres, tampoco me podréis negar que es Dios; porque Dios solo puede resucitar por su propia virtud.

Si os pruebo. . . . No mas, padre, le interrumpí, no paseis adelante; probadme con la evidencia que me prometéis que Jesucristo resucitó, y esto basta. Si me probais que Jesucristo fué verdaderamente muerto, y que despues de muerto volvió al mundo á cumplir su palabra; y que esto sea tan claro y evidente, de modo que la razon mas perspicaz y desconfiada no pueda hallar una razon prudente de dudar, me daré por vencido.

Pero, padre mio, hasta ahora no se ha visto

que nadie resucite; y os prevengo que yo no me contentaré con las pruebas que de ordinario os bastan para creer los milagros que refieren vuestras crónicas. Para que yo crea un hecho tan único, tan estupendo y sobrenatural, necesito de mayores y mejores pruebas, que para creer que Julio César fué el primer emperador de Roma, y que Bruto le dió la muerte en el senado.

Yo espero, me dijo, daros mas y mayores; y desde luego os digo, que vuestra eleccion ha sido acertada, porque este hecho es el artículo mas fundamental de nuestra religion, y la base sobre que estriban los otros. S. Pablo decia (1): „Que si la resurreccion no es verdadera, nuestra fe es vana;” pero tambien se puede decir que si es verdadera, es consiguiente que todos los demas artículos lo sean.

Por otra parte, la resurreccion es un hecho solo, aislado, digámoslo así, y que puede verse mas fácilmente por todas partes, pues no está complicado con otro. Consiento, pues, porque toda la disputa se reduce á un punto solo decisivo; porque una vez que se apruebe ó se rechace, corta de raiz las demas disputas: y es tambien el artículo mas fecundo; porque con solo que haya Jesucristo resucitado, las esperanzas de los cristianos son tan inmensas como seguras, y las desgracias de los incrédulos son tan terribles como ciertas.

(1) I. Corinth. xv. 17.



Para desempeñar el asunto que tomo á mi cargo, me parece que estoy obligado á tres cosas: la primera á exponeros las razones que tienen los cristianos para creer la resurreccion de Jesucristo, ó los principios en que se fundan para asegurar que es un hecho cierto. La segunda, probaros que estas razones ó principios son tan evidentes, que es imposible que una razon que no esté pervertida pueda dejar de convencerse. Y la tercera, que despues os proponga tambien sin disimulo, con franqueza y buena fe, las razones que proponen los incrédulos para no creerla; que os deje á vos mismo pesar la fuerza de unas y otras; que vos mismo seais el juez; y en fin, que yo os proponga las consecuencias que pueden resultar de la incredulidad, para que vos mismo compareis cuáles son mas justas y naturales, y cuáles serian mas intolerables y absurdas.

Me parece que por este método es mas fácil reconocer la parte flaca que puede tener el sistema cristiano ó el del incrédulo; porque al fin iremos á parar en alguna de estas consecuencias tan absurdas y contrarias á la sana razon, que manifiestan desde luego su falsedad, tanto en las reglas de la buena lógica como en el uso ordinario de las personas de buen juicio. Si despues de haberos enterado de todo, os parece que las pruebas en vez de ser claras y convincentes son ilusorias y frívolas; si á pesar de mi exposicion vos

perseverais en la idea de que la resurreccion es contraria y repugnante á la razon, yo he perdido mi causa, la discusion termina, y no debo volver á importunaros.

Pero si veis que no podeis manteneros en aquella opinion sin venir á parar á conclusiones ó consecuencias, que son evidentemente contrarias al sentido comun; si observais que para sacudiros de su fuerza necesitais recurrir á principios falsos ó contradictorios, ó á sosteneros con aserciones inciertas ó dudosas; si no podeis responder á mis dificultades sino con subterfugios ó extravíos, que os hacen perder de vista el punto principal; si os hallais forzado para desembarazaros de mis racionios justos y metódicos, á embrollar y oscurecer la materia, porque no podeis dar una respuesta directa y precisa á las razones que se os presentan, entónces debeis reconocer que vuestra opinion no es la verdadera y que los cristianos tienen de su parte toda la razon. ¿Quereis aceptar este partido?

Padre, le respondí, yo no deseo mas que saber la verdad; no puedo tener otro interes: y aunque estoy íntimamente persuadido que emprendeis un imposible y que el celo de vuestra religion es el que os tiene tan iluso, os prometo sinceramente el deponer todas mis opiniones. Os escucharé con precaucion para no dejarme alucinar; pero no veréis en mí ni obstinacion ni or-



gullo; pues si fuera posible que vos me pudiérais persuadir, mi propio interes me obligaria á abandonar todo error.

Pues siendo así, me volvió á decir, yo confiado en el auxilio del cielo empezaré, porque sé que no es el que planta ni el que riega, sino Dios solo el que da el incremento; pero ya es tarde, reservemos esto para mañana, y tened presente que la religion es de un órden sobrenatural, y que no puede regularse únicamente por las ideas humanas: que la palabra de Dios es por sí misma fuerte y eficaz; pero que no produce su efecto sino cuando se escucha con ánimo sincero y con deseo de encontrar la verdad: que un espíritu mal dispuesto podrá oirla sin que la penetre; porque se ocupará mas en examinar la parte que le parezca débil para combaurla, que no la que por su solidez debiera persuadirle que toda verdad es hija de Dios y descende del cielo, que solo la divina luz nos la puede comunicar, y que así debemos todos recurrir al Padre de las luces: yo para que purifique mis labios y os la pueda presentar sin profanarla ni enflaquecerla, y vos para que os abra los oidos del corazon, y fructifique en él su celestial semilla.

No olvideis, señor, que Dios se comunica á los humildes y repele á los soberbios; así arrojad lejos de vos todo espíritu de vana curiosidad ó presuncion. Pedidle sencillez y docilidad: y estad

cierto que no os ha traído aquí sino para desengañaros, para que entreis en su rebaño; pues con solo que vuestra obstinacion no resista á su gracia, quedará vuestra alma penetrada de su voz celestial.

Sola una cosa me queda que recomendaros, y es que cuando empiece á desenvolver mis pruebas, no me interrumpais hasta que las haya terminado. Vos mismo debeis conocer el motivo: en ellas todo se enlaza, todo se eslabona; las primeras partes estan enlazadas con las últimas, y todas unidas entre sí. Una dificultad á que fuera preciso responder, una reflexion que nos pudiera atajar, nos haria perder el hilo, y nos extraviaria. Así os suplico encarecidamente que tengais la paciencia de oirlas todas sin interrumpirme: despues podeis decirme lo que os parezca, y yo procuraré satisfaceros lo mejor que pueda. Prometí que lo haria así, y él se despidió emplazándome para el otro dia.

No podré explicarte, Teodoro, cómo quedé, cuáles fueron las sensaciones de mi corazon, ni los efectos que éstos discursos producian en mi alma. Me parecia estar como el que se prepara á un grande viaje, ó como aquel á quien se ha prometido mostrarle cosas nuevas, extrañas y asombrosas. Mis afectos eran confusos y encontrados: habia instantes en que viendo la imperturbable seguridad de aquel hombre, tenia una es-



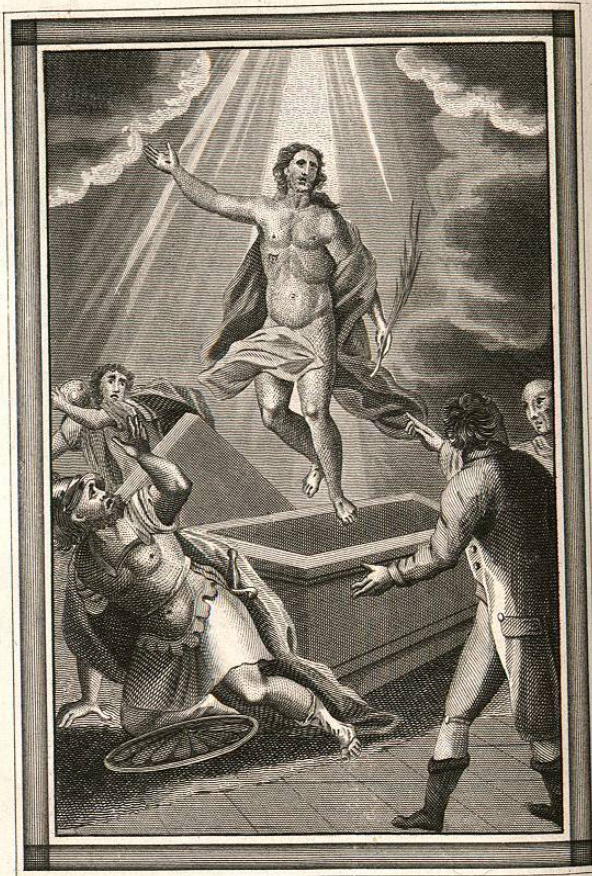
pecie de temor de que me venciese, y necesitaba de echar una ojeada sobre la ilustracion de mis principios y la de los grandes hombres que los siguen, para volver en mí.

Sobre todo me asombraba la monstruosa reunion de tanta elocuencia y talento, de tanta instruccion y tan sana lógica con tanta credulidad y fanatismo; y seguro de la bondad de mi causa, me parecía que podría divertirme desengañando á este buen hombre, haciéndole confesar que si no era un charlatan que ponderaba sus drogas, era un iluso seducido por falsos racionios.

Me acordaba de tí y demas amigos, y me decía: Ninguno de ellos imagina que yo espero mañana un fanático, que vendrá á enseñarme su religion, y tiene la pretension de persuadirme. ¡Pero qué podía hacer? Yo debia mantenerme oculto en el monasterio, y dejar pasar algún tiempo para que se apaciguase el rumor que debia haber causado la muerte del extranero, y salir con menos riesgo: pues el acaso me ha traído aquí, continuaba yo, ¿qué puedo hacer sino hablar y sufrir á este hombre á quien debo tantos servicios?

¿Quién sabe tampoco si esta será una de las mejores aventuras de mi vida? En primer lugar conoceré por experiencia los medios y recursos del fanatismo; y si se trocara la suerte y en vez de ser el convertido fuera yo el convertidor, esto seria chistoso; me daría ocasion de reir con





*Tratado de la Resurreccion de Jesu-  
Christo, por toda la Carta VIII y sig.<sup>tes</sup>*

mis amigos, y sería hacer un buen servicio á este mi favorecedor, que por su dulzura y modestia merece ser feliz.

En estas reflexiones pasé hasta el dia siguiente, en el que sucedió lo que verás en mi primera. A Dios, Teodoro.

**CARTA VIII.**

**EL FILÓSOFO A TEODORO.**

**T**EODORO mio: vino el padre, y apenas tomó asiento cuando me dijo: Hoy estamos emplazados para examinar los mayores milagros que hubo ni pudo haber jamas, que son la resurreccion y la ascension pública de Jesucristo; milagros que no solo son grandes por sí mismos, sino que estan encadenados con los otros milagros y con los demas hechos de su vida, porque si la resurreccion es cierta todo lo demas lo es: Jesucristo es Dios, y euanto dijo Jesucristo es verdad: estas son consecuencias necesarias. Así, con la prueba sola de estos milagros, su mision, su divinidad, su

TOM. I. 18